

## “Plenilunio”, de Antonio Muñoz Molina

La contraportada reza que “ *‘Plenilunio’ es la gran novela de la madurez creadora de Antonio Muñoz Molina*”, y aunque desconozco si, en su fuero interno, el autor alcanzó la citada madurez con “*El jinete Polaco*”, “*El Invierno en Lisboa*” o “*Beltenebros*”, lo cierto es que la novela que aquí me ocupa es una de las más completas, interesantes y reflexivas que he leído en los últimos años.

Hay cuatro aspectos de esta obra que la hacen especialmente grande. El primero de ellos es la trama en sí, o mejor dicho, el objeto de la investigación por parte del *Inspector*: el abuso sexual y asesinatos de niñas por parte de un individuo. El tratamiento que hace de él es duro, descarnado, desprovisto de inocencia o despojado de ella, ya que poca inocencia reside en el cuerpo yacente de una niña que ha sido violada. La dureza de la experiencia hace que la trama, así como la narración, sean eléctricas, lo que te hace pasar de un capítulo a otro de forma frenética, descubriendo al pasar la página los distintos puntos de vista desde los que se enfoca la novela.

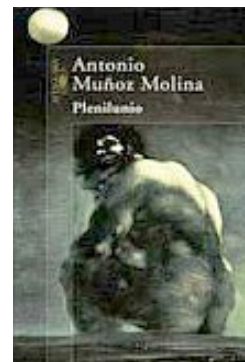
El segundo es la gran carga reflexiva que **Muñoz Molina** nos presenta. A lo largo de las casi quinientas páginas del libro, a través de los ojos de los personajes vemos pasar temas como la religión y la crisis de la fé, el terrorismo y la psicosis permanente que le acompaña de forma irreversible, la soledad y la frustración que conlleva, la sociedad actual, la desinformación y el desequilibrio generacional que provoca, y el amor y la esperanza (y las ansias de vida) que suscita entre quienes lo sienten (y a veces, padecen).

El tercer aspecto lo componen los personajes secundarios. Hay cuatro, y a mi parecer, todos son poseedores de una parte equitativa de importancia en el desarrollo de la novela. *Susana Grey*, la profesora de la niña asesinada cuyas frustraciones y deseos darán un nuevo hábito de vida al inspector; el *Padre Orduña*, confesor, tertuliano y amigo del inspector, un lazo de unión constante con su pasado y con su conciencia; *la esposa* del inspector, demente a consecuencia del anterior destino de su marido en el País Vasco, lastre emocional y voz de su conciencia; y *Fátima*, la niña asesinada, siempre presente, con esa mezcla de inocencia y crueldad que aparecen en aquellos que creemos mártires de una situación en la que fueron convidados de piedra.

Y la cuarta es la simbología, empezando por el mutismo provocado en los nombres de los personajes principales, el *Inspector* y el *asesino*. Personajes anónimos que podemos ser cualquiera de nosotros. No importa lo que somos, sino lo que nos rodea y cómo percibimos lo que nos rodea. La búsqueda de la mirada que delate el crimen como única verdad posible antes la falsedad del mundo que le ha tocado vivir, el amor como fuente de una resurrección personal, los propios temores como causa de un hundimiento violento, como motivo de reacciones inhumanas.

Después de esto, la trama no hace falta ni decirla: una niña, *Fátima*, aparece asesinada después de que alguien abusara de ella. La búsqueda del culpable se convertirá, desde ese momento, en el “*leit motiv*” del *Inspector*.

Una gran novela ante la que sentarse, con tranquilidad, y deleitarse con ella sin prisas.



### VALORACIÓN:



### COMIENZA ASÍ:

*“De día y de noche iba por la ciudad buscando una mirada. Vivía nada más que para esa tarea, aunque intentara hacer otras cosas o fingiera que las hacía, sólo miraba, espía a los ojos de la gente, las caras de los desconocidos, de los camareros de los bares y los dependientes de tiendas, las caras y las miradas de los detenidos en las fichas.”*

